

## *LA HORA FANTASMA*

Sturge Maynard se levantó del sofá junto a la chimenea y contempló el exterior, la niebla entre amarillenta y negruzca que envolvía Londres en los densos pliegues de su inmensidad. Llevaba en su mano el libro que estaba leyendo, su dedo se hallaba todavía en la página, su mente abocada, no con entera satisfacción, al tenor de las imaginaciones del escritor; pues si bien éstas complacían el sentido de su curiosidad, a su razón la disgustaban. Un místico, medieval por su época y temperamento, el viejo Latinista escribía sobre fantasías psicológicas que el mundo moderno ha rechazado hace mucho tiempo para correr a las urnas y a las oficinas. Numerosas sutilezas se antojaban repulsivas a las rígidas y definidas soluciones de una era que, maestra del conocimiento en lo positivo y lo externo, trata de extender su autocracia, en la forma de una ignorancia confiada, sobre las fronteras del mundo oculto interior, oculto -declaraba el autor- sólo porque rechazamos una llave que está en la mano de cada uno, él mismo.

“Prosista de misterios”, pensó Sturge, “traficante de engañosas imaginaciones, ¿si uno pudiese hallar el más mínimo hecho que corroborase la espesa maraña que aquí se teje! Pero la niebla es menos densa que la incertidumbre en la que estos pensamientos pululan satisfechos”.

En un pasaje de inusual pero estrafalario interés, el místico Alemán mantenía que el principio luminoso acompaña con una actividad incesante a las operaciones del pensamiento, que en su aspecto físico son relámpagos de una luz pura, lívida o lóbrega. Era, decía, una experiencia común el percibir las cabezas de videntes en intensos momentos de actividad mental, muy a menudo incluso todo su entorno, rodeadas por una brillante atmósfera que coruscaba con destellos violetas. Aun a pesar de que se asombraba ante tales extravagancias, resplandeció en la memoria de Sturge el recuerdo de que él mismo en su infancia había tenido la costumbre de ver, precisamente, esos destellos violeta alrededor de su cabeza y había entretenido su pueril imaginación con ellos hasta que años más maduros trajeron consigo el asombro, el escepticismo y la rápida desaparición del fenómeno.

¿Existía alguna justificación empírica de las fantasías del Alemán? Con un impulso, trató en vano de resistirse, fijó su ojo tenazmente en la niebla más allá de la ventana y esperó. En ese momento, fue consciente de un curioso movimiento en su cabeza, un aglutinarse de su propio ser y de todas sus facultades en el ojo; entonces, tuvo lugar la visión de destellos violeta en la niebla y una excitación creciente en sus nervios contempló a través de un cerebro que estaba curiosamente, anormalmente en calma. Todo un mundo de milagrosa visión, de sonido maravilloso, de antigua y futura experiencia presionaba con firmeza en él, emergiendo contra un muro que pretendía oponérsele. Sorprendido e interesado, pero en absoluto perturbado en su razón, trató de explicarse a sí mismo lo que estaba ocurriendo. Para ayudar mejor a su esfuerzo, fijó su ojo de nuevo en la niebla a fin de que se repitiese lo que había visto o se demostrase su irrealidad. No hubo más destellos violeta, pero sin duda había indicios de algo formándose, manifestándose entre los grises pliegues del exterior. Se hizo brillante, redondo, preciso. ¿Era un rostro o un globo? Con decepcionado desprecio se descubrió a sí mismo cara a cara con nada más romántico que un reloj. Sonrió y se tornó para comparar con aquel reloj definitivamente visualizado su propio, substancial, antimístico, prosaico compañero sobre la repisa de la chimenea. Su cuerpo se tensó con el impacto de una sorpresa. Allí estaba ciertamente el reloj, registro de

horas en esfera de marfil, cifras doradas, sostenido por un ligero pedestal con un convencional Padre Tiempo en el centro y dos diosas aladas en las esquinas; las agujas, constató, estaban acercándose al doce y el cinco, y pronto sonaría la hora. Pero, al otro lado, ¿qué era aquel compañero desacostumbrado y fantasmal, fijo, preciso, imitando la realidad, con una esfera también de marfil pero cifras de plata, de firme pedestal y no ligero, señalando las ocho con la misma proximidad con la que el reloj verdadero indicaba las cinco? Tuvo tiempo de darse cuenta de que el cuatro de su esfera no estaba escrito con el número Romano usual, sino con los cuatro trazos verticales y paralelos; después, la aparición se disolvió.

¡Una alucinación óptica! Con toda probabilidad, la imagen mental intensamente visualizada de algún reloj familiar en un salón frecuentado y amable. En realidad, ¿no era más que familiar? Sin duda lo conocía -lo había visto, claramente, insistentemente-... esa esfera de marfil, esas cifras de plata, ese sólido pedestal ornamentado, ¡incluso ese cuatro! Pero ¿dónde, cuándo lo había visto? Una curiosa muralla en su memoria confundía a su mente, que vagaba en vano en busca de los detalles perdidos.

De pronto, el reloj, su propio reloj, tocó las cinco. Contó mecánicamente los sonidos familiares, agudos, claros, acompañados por una metálica reverberación. Y entonces, antes de que el oído pudiera apartarse de su objeto, otro reloj comenzó, no de una forma aguda, clara, metálica, sino con un repique suave y armonioso, acabando en un campanilleo musical. ¡Y el número de las campanadas era ocho!

Sturge se sentó junto a la mesa y abrió el libro al azar. Si esto era una alucinación, era una alucinación cuidadosamente concebida y bien ejecutada. ¿Había alguien gastándole bromas hipnóticas a su cerebro? ¿Estaba él hipnotizándose a sí mismo? Su ojo cayó en la página y encontró no Latín medieval sino Griego antiguo, aunque en hexámetros que no eran homéricos. Inconfundible era la escritura, claro su significado.

“Porque los dioses inmortales vagan siempre por la tierra e irreconocibles llegan a las moradas de los mortales; pero raro es el ojo que puede contemplarlos y más rara aun la mente que puede distinguir el disfraz de la deidad”<sup>1</sup>.

¡Hipnotismo de nuevo! Porque él sabía que las elucubraciones originales del viejo místico, sutiles en substancia, pero rudas en expresión, desviadas, tediosas, amorfas, proseguidas desde el principio hasta el fin en indescifrable Latín, en ningún lugar eclosionaban en Griego, en ningún momento en poesía. Había aun más hexámetros, percibió, y siguió leyendo.

“Y también los hombres viven disfrazados bajo la luz del sol y nunca, desde su nacimiento hasta su muerte, verás la máscara alzada. No; tú mismo, oh Pelops, ¿has visto tú siquiera una vez al daimón que hay en ti?”<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup>*Aiei gar theoi ahanatoi peri gaian alontai*

*Thneton di anthropon epi domata prosbainousi*

*Kruptoi tousde tis au prosterketai ommasi kruptous?*

*Eita ti daimonion ti kenon kai okhema tis oide?*

<sup>2</sup>*Kruptoi kai brotoi andres en augais heliou eisin*

*Ou pote tegmat 'apothasa kruptoi de thanountai*

*Kai su Pelops pote ton son et' endon daimon epeides.*

Aquí acababan los hexámetros, y al instante siguiente reapareció la página física con su escritura original. Pero suaves, armoniosas, claras en su repicar, sonaron una vez más las campanadas de la hora fantasma. Y su número era ocho otra vez.

Sturge Maynard se levantó y aguardó un signo definido. Porque adivinaba ahora que un extraordinario estado mental, una inolvidable experiencia se cernía sobre él. Su expectación no fue defraudada. Una vez más sonaron las campanadas, pero esta vez le pareció que una voz de mujer le gritaba con apasionamiento más allá de aquella melodía perfectamente familiar. Pero ¿eran los dos sonidos fantasmas recuerdos de esta tierra y vida Inglesas o le desafiaban acaso desde una existencia pasada, insistentes y obsesivos, invitándole a recordar la hora intensa de una forma que había vestido y desechado, de un nombre al que había respondido y olvidado? Fuese lo que fuese, estaba cerca de él, tocaba con potencia las fibras de su corazón. Y entonces, inmediatamente después de la octava campanada, llegó como de muy lejos una inconfundible explosión de sonido, el disparo de un revólver moderno.

Sturge Maynard dejó la chimenea y el salón, descendió las escaleras, se puso su sombrero y su abrigo y caminó hacia la puerta de su casa. No tenía clara idea de adónde iría o qué debía hacer, pero fuese lo que fuese debía ser hecho. Se le ocurrió entonces que había olvidado su revólver, que guardaba en el cajón de su ropero. Subió, tomó el arma, la cargó, la puso en su bolsillo derecho, se aseguró de que tenía en él también sus dos llavines, descendió una vez más las escaleras y salió de la casa a una de las más densas nieblas de Londres, húmeda, sofocante, impenetrable.

Marchó a través de un mundo que parecía carecer de toda existencia excepto en el recuerdo. No había tráfico; sólo algún carretero ocasional anunciaba con voz ronca, de tanto en tanto, el precavido paso de su vehículo. Sturge no podía ver nada ante él o a su alrededor -excepto cuando se acercaba a una esquina y una farola se esforzaba en arrojar sobre él un destello de su luz sombría o, al otro lado, un fragmento espectral de pared rozaba la manga de su abrigo. Pero estaba seguro del pavimento bajo sus pies y sabía que no podía dar ningún paso en falso. Un guía más capaz que sus sentidos y su memoria le guiaba.

Cruzó la calle, atravesó las puertas de Hyde Park, marchó en línea recta y segura a través del espacio abierto e invisible, sumergido en la niebla, pasó Marble Arch y en Oxford Street, por primera vez, dudó. Había dos mujeres que le eran queridas; cualquiera de las dos, por su muerte, podía desconsolar la mitad de su existencia. ¿A cuál de las dos debía acudir? Su mente entonces, o algo en su interior, decidió por él. Estas especulaciones eran ociosas. No tenía que ir a la casa de su hermana Imogen. Qué posible infortunio podía acontecerle en casa de su tío, una mansión bien equipada, bien guardada, confortable, feliz entorno de su vida colmado de cosas inocentemente absurdas e inocuamente hermosas. ¡Pero Renée! Renée era diferente.

Prosiguió su camino en una dirección familiar. Mientras marchaba, despertó en su memoria de pronto el recuerdo de que ella le había prohibido visitarla aquel día. Una viviente reminiscencia de su vida pasada la visitaba hoy, alguien que no quería que Sturge conociese, había dicho ella con su franca despreocupación usual; Sturge no debía ir. Él no lo había cuestionado. Desde que la conoció, nunca había cuestionado nada, y el pasado de Renée Beauregard era un vacío incluso para el hombre al que ella había rendido todo. Había espacio en aquel vacío para incidentes extraños, para supremos peligros. Recordaba

ahora que su abrazo de despedida había sido casi convulsivo en su fuerza e intensidad, su lenguaje vibrante e invadido por una inexplicable emoción. Había sido consciente de ello sin observarlo, ocupado en su pasión. Fuese la que fuese la parte de su mente que lo había percibido, había confinado su causa entre los límites de lo habitual, tal como los hombres acostumbran a hacer ignorando lo insólito hasta que esto los atrapa y los sorprende.

Alcanzó la plaza y la casa en la que ella vivía, abrió la puerta con uno de los llavines de su bolsillo, se desprendió de su abrigo y de su sombrero y dirigió sus pasos hacia el salón. Una muchacha de diecinueve o veinte años se levantó, calma y pálida, encarando la puerta. La presión de su mano en el brazo de la silla, el rígido impulso hacia adelante de su cuerpo eran el signo de una gran emoción, de una expectación intensa. Pero su rostro enrojeció, la mano y la figura se relajaron, cuando vio a su visitante. Renée Beauregard era una Francesa del Sur, rica en dones físicos, en nerviosa vitalidad, en el *elan* de su lengua y de su espíritu. Sus miembros de exquisito contorno, su porte alegre, la movilidad de sus cárdenos labios, sus sonrientes ojos oscuros, exigían mucho de la vida, del triunfo, del placer, del amor. Pero en la llama invenciblemente feliz de sus ojos apuntaba ahora la sombra de una trágica decepción, acosando y desfigurando su expresión natural. Ésta era, simplemente, una mujer con un pasado -y un presente. Y su naturaleza, si no su destino, exigía un futuro.

“¡Sturge!”, dio un paso hacia la puerta. Sturge cruzó el espacio junto a la chimenea y tomó su mano.

“Olvidé tu prohibición hasta que estuve demasiado cerca de aquí para marcharme. Y estaba la niebla; y volver me resultaba odioso y tú estabas aquí”.

“¡No deberías haber olvidado!”, dijo, pero sonrió complacida por su llegada. Luego, la obscura mirada reconquistó sus ojos sonrientes. “Y debes irte. No, no ahora. Dentro de un cuarto de hora. Puedes quedarte aquí un cuarto de hora”.

Renée había observado el reloj y los ojos del hombre persiguieron a los suyos. Sturge vio un reloj de esfera de marfil, de cifras de plata, de sólido pedestal, con su cuatro en forma de cuatro líneas paralelas, y sonrió ante la curiosa broma que su memoria le había gastado. Eran las seis y cinco.

“Iré a ver a Imogen”, dijo con determinación. Ella le miró, miró el reloj; luego exclamó impulsivamente, inclinándose hacia él, “¡Y volverás a las ocho y cenarás conmigo! Rachel pondrá la mesa para los dos”; entonces se apartó, como arrepintiéndose de haberle invitado.

¡Ocho! Sí, cenaría con ella -después de haber hecho su trabajo. Tal parecía lo dispuesto -no por ella, sino ¿por quién? Por el daimón quizás, el dios que habita dentro o fuera de uno mismo. Se sentaron y hablaron durante un rato, y le pareció a él que nunca había sido su conversación tan tópica en su forma o tan vibrante su emoción. A las seis y veinte se levantó, se despidió y salió a la niebla; pero ella le siguió hasta la puerta, le ayudó a ponerse el abrigo, temblando visiblemente mientras lo hacía. Y antes de que se fuera, le abrazó y le besó, una sola vez, sin vehemencia pero con una poderosa quietud, como si una decisión fatal se hubiese formado en aquel instante en su corazón y se expresase en su caricia.

“Volveré a las ocho”, dijo él quedamente. Había aceptado, pero no devolvió su abrazo.

¡A las ocho! Sí, y antes. Pero esto no se lo dijo a Renée. Se sumergió en la niebla hacia la residencia de su tío, con mente ligera, clara y despreocupada, pero con una intensa calma en su corazón. Alcanzó el lugar en un barrio aristocrático y fue invitado a entrar por un obeso sirviente. Sir John había salido, había ido a la Cámara, pero Miss Imogen estaba en casa. La siguiente hora la pasó Sturge tranquila y agradablemente; porque con la atractiva charla cotidiana de su hermana fluyendo suave por la superficie de la vida, diversiones y teatros, libros, música, exposiciones, todo ello salpicado de comentarios políticos y de las sombras de escándalos delicada y elegantemente insinuados, incluso su corazón se relajó sin darse cuenta y se deslizó de nuevo hacia lo usual, olvidando el interior en lo exterior.

La hora siguiente y más. Fue Imogen Maynard la que se levantó y dijo:

“Las ocho menos diez, Sturge. Tengo que ir a vestirme. ¿Estás seguro de que no quieres cenar aquí?”

Sturge Maynard contempló el reloj y su corazón se detuvo. Se despidió rápidamente de su hermana, corrió escaleras abajo, agarró su sombrero y su abrigo y se sumergió en la niebla poniéndose su abrigo mientras caminaba. Se aseguró del revólver y de las llaves, entonces se lanzó a la carrera. Su gran temor era perder el camino en su prisa y llegar después de las campanadas. Pero era difícil confundirse en el espacio de media milla. Y el daimón ¿era sólo un espíritu de profecía? ¿No visitaba acaso para salvar?

Viró hacia la plaza de Renée y, cuando entró en la casa y ascendió las escaleras, la agitación pasó y con pulso regular y nervio firme se dirigió a la puerta del salón. Se había desprendido de su sombrero, pero no había esperado a quitarse el abrigo. Su mano estaba en el bolsillo y la culata del revólver en su mano.

La puerta estaba abierta y, extrañamente, velada por la cortina Japonesa. Se detuvo junto a ella y miró hacia el interior del salón, intensamente tranquilo pero no desocupado -sobre la alfombra de la chimenea, en cada uno de sus extremos, estaban Renée Beauregard y un hombre desconocido para Sturge, mirándola él como si esperase sus palabras; serena ella, pálida, resuelta en su silencio, con la pesada carga de un pasado en sus ojos. La espalda del extraño estaba vuelta a medias hacia Sturge y sólo parte de su perfil era visible, pero el Inglés se estremeció con odio al contemplarlo siquiera. ¿Era esto lo que tenía que hacer? Sacó el revólver y puso su dedo en el gatillo. Entonces miró el reloj -faltaban cuatro minutos para las ocho- y al extranjero, otra vez. También en su mano había un revólver, también su dedo reposaba en el gatillo. Sturge Maynard sonrió.

La voz del hombre se dejó oír. “Así tiene que ser entonces, Idalie”, dijo en un quedo, terrible, lúgubre lamento. “Tú lo has decidido. No me guardes rencor. Sabes que no puede evitarse. Tienes que morir”.

Sturge recordó que Idalie era el segundo nombre de Renée, pero ella siempre le había prohibido usarlo. El fino hilo de voz continuó, esta vez con una nota de curiosa excitación en su queja.

“¡Y me echas las culpas a mí! ¿Qué importa cómo te conseguí, lo que hice después? Todo le está permitido al que ama. Y yo te amo. Es peligroso jugar con el amor, Idalie. ¡Ahora lo descubres!”

Sturge contempló al hombre. Peligro para ella no había, pero sí uno enorme para este asesino rígido, de voz tenue, este hombre a quien Sturge Maynard odiaba con cada músculo de su cuerpo, con cada célula de su cerebro. Le parecía que cada miembro en él crecía y vibraba con la energía del homicidio, con el victorioso impulso a matar. Había niebla en el exterior, ¡qué niebla!, y podría disponer fácilmente del cadáver. Una excelente circunstancia; Dios disponía las cosas muy inspiradamente, a veces. Rió para sí mismo ante lo inexorable de su plan. Sin embargo, de algún modo, lo creía la tarea de Dios, no la suya. Y suya al tiempo también, preordenada -¿desde cuándo? Pero la voz condenada seguía:

“Te doy todavía una oportunidad, Idalie -siempre, siempre una oportunidad. ¿Vendrás conmigo? Has sido falsa para mí, falsa con tu cuerpo, falsa con tu corazón. Pero te perdono. Perdono tu deserción, perdono esto también. Ven conmigo, Idalie. Y si no..., Renée Idalie Marviranne, van a dar las ocho, y cuando la hora haya acabado de sonar, lo hará mi disparo. Es Dios quien golpea a través de esta mano mía -el Dios de la Justicia, el Dios del Amor. A ambos los has ofendido. ¿Vendrás?”

Ella sacudió su cabeza. Una palidez mortal invadió al hombre. “Hecho entonces”, exclamó, “tú lo has hecho. Tienes que morir”. Apuntó su arma hacia ella y tensó su dedo en el gatillo. Sturge permaneció inmóvil. Nada podía pasar antes de que sonase la hora. Ése era el momento destinado y nadie podía adelantarse al Destino, ni siquiera un segundo. El hombre prosiguió:

“¡No lo digas hasta que el reloj dé la hora! Hay tiempo hasta entonces. Cuando dispare, Rachel vendrá corriendo y dispararé otra vez; dejaré la puerta abierta para que pueda oír el sonido. ¿Quién más sabe en Inglaterra que yo existo? Me marcharé -oh, cuando ambas estéis muertas, no antes. Hay niebla, no hay ni un alma ahí fuera, y me iré tranquilamente. Nadie verá, nadie oirá. Dios con su niebla ha cegado y ensordecido al mundo. Ya ves que es Él... o las cosas no habrían estado tan perfectamente dispuestas para mí”.

Inexorablemente, Sturge Maynard sonrió. Hombres que se odiaban uno a otro, así parecía, podían tener mentes muy similares. Quizás por eso se oponían. Bien, si era Dios, Él también era un artista trágico y conocía la fuerza poética de la ironía en el drama. Todo aquello en lo que este hombre confiaba o había predispuesto para su acto y su seguridad le había sido o le sería una ayuda a su propio verdugo. Y la consciencia despertó en él de que todo esto había ocurrido ya. Pero no aquí, no en estas tierras Británicas. Una vasta mancha verde apareció ante sus ojos eclipsando el reloj. Le asaltó entonces -verde hierba, verdes árboles, rocas cubiertas de verde, y sobre el césped un hombre boca abajo, apuñalado por la espalda, sobre él su homicida, manchado el estilete por sangre fresca aún. Una barca se mecía en las aguas; había sido dispuesta para la huida del asesino y en ella había una mujer atada. Sturge conocía aquellos rostros extraños muy bien y recordaba cómo había yacido muerto sobre la hierba. Era curioso verlo todo de nuevo en aquel salón, con el reloj moderno, fatal, de esfera de marfil, contemplado a través del verde de los árboles del Mediterráneo. Pero esta vez acabaría todo de un modo muy diferente.

Entonces la voz de la mujer vibró, fría, fuerte, con timbre de hierro. “No iré”, dijo. Simplemente. Y la hora sonó. Una vez, dos, tres, cuatro veces. Y ella alzó sus ojos y vio a Sturge Maynard caminando hacia ellos desde la cortina. Era un disparo directo, sin posibilidad de fallar y matarla a ella. Pero él se aseguraría.

La mujer en la intensidad del momento había mostrado un magnífico control de sí y no se quebró ahora, no se movió, no pronunció una palabra. Pero una mirada había en sus ojos potente en su exigencia, terrible en su insinuación. Era un grito por la vida, una orden de matar.

El condenado observaba el reloj, no a ella y mucho menos un posible peligro tras él. Observaba mientras la octava campanada musical moría; y Sturge veía sus ojos brillantes, quietos, crueles, resplandecer como los de una fiera. Tensó su dedo contra el gatillo.

“¡Se ha acabado!”, gritó el hombre. Y mientras hablaba, Sturge hizo fuego. El salón vibró con el tiro y se llenó de humo. Cuando éste desapareció, el extraño estaba postrado en la alfombra: su cabeza a los pies de la mujer que había condenado.

Se oyó correr a alguien por el pasillo y apareció Rachel, la sirvienta -tal como el hombre que allí yacía había previsto. Temblaba cuando llegó, pero vio el hombre en la alfombra, se detuvo, compuso su semblante, sonrió. “Debemos sacarlo de inmediato, aprovechando la niebla”, dijo simplemente, en Francés. Con un impulso simultáneo, ella y Sturge se acercaron al cadáver. Entonces Renée, con movimiento excitado, corrió hacia Sturge y poniendo la mano en su hombro le empujó como para hacerlo salir del cuarto.

“¡Yo me ocuparé de esto!”, jadeó. “¡Vete!”

Él se volvió hacia ella con una sonrisa.

“Tienes que irte enseguida”, insistió. “Hazlo por mí. Que no te encuentren en esta casa. Otros además de Rachel pueden haber oído el disparo”.

Pero él cogió sus muñecas, la apartó de la chimenea y la sentó en una silla.

“Estamos perdiendo tiempo, Monsieur”, dijo Rachel de nuevo.

“Es mejor perder tiempo, Rachel”, repuso Sturge, “le daremos diez minutos al Destino”. Y la sirvienta asintió y procedió a envolver la herida, metódicamente, con su delantal. Los otros esperaron en una calma absoluta, Sturge disponiendo en su mente la explicación que daría si alguien hubiese oído el disparo y apareciese de pronto allí. Pero alrededor de la casa persistían el silencio y la niebla.

Luego, alzaron el cuerpo. “Si alguien nos ve, estamos llevando a un hombre borracho a su casa”, dijo Sturge. “Llévalo con cuidado; no debe haber rastro de sangre”. Y, así, sacaron al hombre que había llegado de tierras extrañas a la niebla de Inglaterra y lo dejaron en una calle, lejos de la plaza donde había muerto. Cuando volvieron al cuarto, Rachel recogió la alfombra y el delantal manchados de sangre, únicos testigos del acto que había tenido lugar.

“Destruiré estas cosas”, dijo, “y traeré la alfombra del dormitorio de Madame. Y después”, continuó tan apaciblemente como antes, “Monsieur y Madame cenarán”.

Renée se estremeció y miró a Sturge.

“Me quedo aquí”, dijo él, “hasta que el cuerpo sea descubierto. Desde ahora estamos indisoluble y eternamente unidos, Idalie”. Y mientras pronunciaba con suavidad aquel nombre desusado, había un brillo en sus ojos que ella no se atrevió a oponer.

Esa noche, cuando Renée se hubo retirado a su dormitorio, Sturge, sentado junto al fuego, recordó que no le había contado el misterioso incidente que había provocado aquel día una tragedia e impedido otra. Cuando él se fue a su cuarto, Renée lo buscó profundamente agitada y lo abrazó con violencia.

“¡Oh Sturge, Sturge!”, exclamó, “pensar que, si no se te hubiese ocurrido venir, estaría muerta ahora, apartada de ti, apartada del mundo hermoso de Dios”.

¡Ocurrido! No había sido una casualidad. No existe nada en esta creación semejante a la casualidad, pensó Sturge. Pero entonces ¿quién le había transmitido aquella mística advertencia? ¿Quién había puesto el revólver en su mano? ¿Quién le había enviado a una misión asesina? ¿Quién había hecho levantarse a Imogen justo a tiempo? ¿Quién había disparado aquel tiro en el salón? ¿El Dios interior? ¿El Dios exterior? Los Orientales hablan del Dios en el hombre. Bien podía haber sido Él. Y, entonces, retornaron a su memoria aquellas fieras emociones, el odio que lo había invadido, el impulso y el deleite de matar, el himno exultante que su sangre cantaba aún en sus venas porque un hombre que vivió estaba muerto y no podía retornar a la vida. Recordó también la orden en los ojos de Renée. ¿Dios en el hombre? ¿Era, pues, el Dios en el hombre un asesino? ¿En él?, ¿en ella?

“Es interrogarse de un modo muy curioso el pensar así”, concluyó, “pero, ciertamente, muy extraño ha hecho Él su mundo”.

Entonces le habló del místico Alemán y de la hora fantasma que le había traído hasta aquí en el instante trágico de sus destinos. Y cuando le habló del daimón interior, la mujer comprendió mejor que el hombre.